



“La imagen del indio en la conciencia norteamericana”

p. 517-540

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 7. Temas y problemas de historia

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2019

712 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-30-1390-1 (volumen 7)

Formato: PDF

Publicado en línea: 1 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/temas_problemas.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



La imagen del indio en la conciencia norteamericana

517

Prefacio

Dos ideas previas debemos considerar ante todo para la comprensión de la temática crítica que campea en este ensayo: en primer lugar debemos tener en cuenta la transformación que sufre la añorante y vieja idea de la *edad dorada* y el *buen salvaje*, cuando los europeos se ponen en contacto con el nuevo ente americano, y tras unas efímeras y felices relaciones con este *otro* ser bondadosamente idealizado, lo transforman en su contrario, en el perverso e irredento Calibán o salvaje indiano; en segundo lugar, el pesimismo y la desconfianza absoluta frente al hombre que el calvinismo o puritanismo no-voinglés hereda de la *institución cristiana* (inspirada a su vez en San Pablo: *Romanos*: 3.4-18 y 8.29-30) que es atemperada por la doctrina predestinatoria (*decretum horribile*), en virtud de la cual sólo un pequeño número de elegidos o santos son exclusivamente salvados *ab aeternis*. Isaías y san Agustín son las muletas teológicas salvadoras con las que Calvino y “le petit nombre d’élus” quedan a salvo, y en San Pablo halla asimismo el reformador francés la señal de salud (*certitudo salutis*) y la eficacia de la fe (*fides efficax*), que se traduce en una intensa actividad mundana, frugal, diligente, ahorrativa, mediante la cual *peregrinos* y *santos* de la Nueva Inglaterra racionalizarán al

máximo la búsqueda activa (trabajo y ahorro) de la nueva riqueza (no la tradicional suntuaria y derrochadora) para beneficio del cristiano puro y de la sociedad puritana.

El elegido se siente así un hacedor y señor del mundo a través del siguiente proceso espiritual y mundano: fe, predestinación, elección, vocación, justificación y santificación. El hombre puritano busca el éxito pues el fracaso de su empresa intramundana se convierte en señal evidente del rechazo divino; porque la doctrina vocacional elimina el pesimismo predestinatorio mediante el sano resorte psicológico, tan grato al hombre, de estimar su progreso, su perfeccionamiento en el mundo como signo patente de elección divina, lo que le otorgará una confianza plena en sí mismo: origen de su complejo de superioridad protestante y nórdica.

La edad dorada y el buen salvaje

Los humanistas del Renacimiento desentierran estas dos ideas del mundo clásico y redescubren y se hacen lenguas de la etapa áurea, ¡ay!, ya ida y del ente dichoso y bueno que vivía y gozaba de ella; pero de hecho, la presencia real de América transforma esta primigenia utopía en despabilado sueño o ensoñación de casi paraíso terrenal habitado por hombres primitivos, nobles, buenos, de prócer estatura y bella conformación física, que conviven armoniosamente en una tierra fragante y feraz, rica y hermosa que les cede sus abundantes frutos sin mayores esfuerzos y que les permite ser desprendidos en extremo y desconocer los males que produce la propiedad privada o particular con su secuela de egoísmo y diferencias entre lo mío y lo tuyo.

Esta supuesta edad de oro se convierte en realidad americana, no menos que el filósofo desnudo de los antiguos se concreta en el manso, débil, hermoso, discreto y razonador salvaje. La escena, reconstruida al estilo clásico, corre a cuenta de Pedro Mártir de Anglería, quien pone en boca de un anciano y grave indio desnudo un discurso simbólico que confirma la existencia de la edad áurea, y que maravilló, según el cronista italiano, a Cristóbal Colón.¹ Empero, el almirante sólo se limitó a ver en aquellos indios desnudos, máximo cargo que según Montaigne hacían los europeos a los aborígenes por no llevar calzones, “gentes ingeniosas, bien proporcionadas, como calcas de antiguas

1 Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires, Bajel, 1944, p. 41.

estampas, tímidas, espléndidas, inocentes, dadivosas y de bonísima fe”.² Américo Vespucio añadió otro tanto cuando los vio, pero al igual que Colón, una vez disipadas las primeras impresiones, presentó la otra cara del jánico personaje: la del indio indómito y fiero, guerrero, cruel, traicionero, bestial y, en suma, caníbal.³ También Colón desde su primera carta se refiere a otros indios “muy feroces”, nada amables, de largos cabellos, a los que llama caribes, los cuales se alimentan de carne humana.

Los ingleses durante sus primeras navegaciones al continente americano tuvieron que concertar y contender con el indio americano, un ser real, astuto, hostil o cordial según las circunstancias de cada caso. Sin embargo, el poder embelesador de la leyenda áurea y de la idea acerca del indio paradisiaco estaba bien arraigado. El capitán Barlow, enviado por Walter Raleigh a colonizar la tierra americana, que sería llamada Virginia en honor de la reina Isabel, describe a los hombres y mujeres de la gran tribu algonquina como gente hermosa, bondadosa y civilizada (1584). En este primer contacto el piel roja queda idealizado y realzado por su presencia física y moral.

Quando nos acercamos y allegamos cabe la orilla del mar, la esposa de Granganimeo vino corriendo a saludarnos muy afectuosa y amigablemente. Su marido no estaba en ese momento en la aldea, y ella ordenó entonces a algunos de los suyos que nos remolcasen hasta la orilla donde rompían las olas; encargó a otros que nos llevasen a cuestras hasta la playa, y a otros que recogiesen nuestros remos y los llevasen a la casa, no fueran a robárnoslos. Cuando entramos en el aposento exterior (dado que la vivienda tenía cinco) nos hizo sentar en torno a un gran fuego, y después de quitarnos la ropa y tras lavarla y secarla, algunas de las doncellas presentes nos quitaron las medias y las lavaron, y otras lavaron también nuestros pies con agua caliente. La cacica se esforzó cuanto pudo en atendernos y en ordenar las cosas de la mejor manera, dándose mucha prisa en prepararnos algo de comer. Después de habernos secado nos pasó a otra habitación interior y puso sobre la mesa cierto manjar que

2 Cristóbal Colón, *Carta del Almirante [...] al señor Rafael Sánchez, tesoro de los reyes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1939, p. 5-8.

3 Américo Vespucio, *Carta de las islas nuevamente descubiertas en cuatro de sus viajes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1941, p. 40.

parecía hecho de trigo, además de carne de venado curada y asada, pescado seco, cocido y asado, melones en crudo y preparados, rafees de diversas plantas y frutos variados. La bebida de los indios es por lo general agua, pero preparada con jengibre y canela negra, y a veces con sasafrás y otras hierbas y hojas salutíferas y medicinales. Nos atendieron, pues, con todo amor y fineza y con la mayor liberalidad que, a su manera, les fue posible. Hallamos a aquella gente muy mansa, amorosa, fiel y sin malicia, *y tal como si estuviesen viviendo aún en la edad de oro* [cursivas nuestras].⁴

Y cuando el hermano del “rey” Granganimeo llegó en una de las canoas a saludar a los ingleses, Barlow, impresionado, escribiría: “arribó acompañado de cincuenta guerreros, gente hermosa y bondadosa que mostró así en su conducta como en sus modales, tanta civilidad como la que pudiese haber podido mostrar cualquier nación de Europa”.⁵

Por lo que se refiere a la tierra, al acercarse el capitán Barlow en su nave a la sonda de Pamlico (1584), percibió aromas y efluvios deleitosos: “el día 2 de julio –escribe– encontramos aguas poco profundas y percibimos un tan dulce y penetrante olor que parecía como si estuviéramos en medio de un delicado vergel cuajado de toda suerte de odoríferas flores”.⁶ En este primer abordaje idílico de la naturaleza y del hombre, ambos se mostraban potencialmente, realzados. La magnífica presencia física del hombre americano permitió que la lente estilística nórdica renovase su clasicismo y representase a aquellos salvajes Apolos y Amazonas bajo un atuendo físico muscular bello e impresionante, tal como lo representan las acuarelas y dibujos idealizados de White y de Le Moyne y los espléndidos grabados de Teodoro De Bry.⁷

4 “The First Voyage to the Coast of America”, en F. Coleman Rosenberg (editor del *Virginia Reader*), *A Treasury of Writings*, Nueva York, 1948; cfr. Richard Hakluyt, *The Principal Navigations, Voyages & Discoveries of the English Nation*, Londres, 1919, v. VI, p. 121-139.

5 Rosenberg, *A Treasury...*, p. 29.

6 *Ibidem*, p. 27. Cfr. Hakluyt, *The Principal Navigations...*

7 S. Lorent, *The New World. The Finest Pictures of America*, Nueva York, Duel Sloan & Pearce, 1946.

La otra cara del Jano indiano

Al año siguiente de la llegada del capitán Barlow (1585) arribó a la costa de Virginia una nueva expedición al mando de Richard Grenville, pariente de Raleigh, con 108 supuestos colonos, que en realidad eran soldados. El hurto o extravío de una copa de plata del nuevo jefe expedicionario desató una cruel represión sobre los indios, con destrucción de sus milpas y del grano de reserva. Este hecho marcó el primer rompimiento de los ingleses con los indios y puso fin a la idílica paz hasta entonces vigente. El sabio de la expedición, Hariot, condenó la brutal represalia por la pérdida de la copa atribuida a los indígenas. “Hacia finales del año –escribe– algunos de los nuestros se mostraron demasiado fieros y asesinaron en ciertas aldeas a varios indios, por causas que, por nuestra parte, podrían haberse además muy fácilmente excusado.”⁸ Las posteriores exigencias de maíz por parte de los ingleses provocaron un alzamiento de los pieles rojas, y el lugarteniente de Grenville, capitán Ralph Lane, aplastó la sublevación (junio de 1586) matando a un buen número de indios; entre ellos al cacique Pemisapan, justamente el bravo caudillo que el año anterior había recibido y atendido a los ingleses con cordial generosidad. El cronista Hariot, repitamos, censuró tales represalias y las atribuyó, a juzgar por la crudeza de la aplicación, al olvido de la inexcusable misión espiritual o adoctrinadora que debían ante todo realizar aquellos anglicanos soldados de Cristo con los indios. Los desbocados apetitos y ensueños de oro y la búsqueda febril de argentíferas minas los había apartado de la previa y principal misión espiritual: expandir la doctrina evangélica entre los indios.⁹ En la primavera de 1637 un súbito levantamiento destruyó gran número de plantaciones y eliminó más o menos a 350 colonos. El ansia nunca colmada por adquirir tierras y los daños ocasionados en los sembrados de los indios por el ganado europeo provocaron el terrible conflicto entre los pieles rojas y los blancos. Los colonos supervivientes, poco más de mil, se juramentaron para acabar con todos los salvajes powhatanes. La campaña destructora continuó, con intermitencias, a lo largo de catorce años, y en 1641, después de cinco de precaria paz, estalló de nuevo la guerra, al cabo de la cual pudieron los ingleses acabar prácticamente con la

8 R. Hakluyt, *The Principal Navigations...*, v. VI, p. 193.

9 *Ibidem*, v. VI, p. 167.

poderosa confederación indiana y liquidar a su acérrimo enemigo el nonagenario cacique Opechancanough, alma de la resistencia nativa.

Peregrinos y santos

La nueva ola colonizadora, la de 1623 (“padres peregrinos”) y la de 1629 (“santos”), se caracterizó por su austeridad, organización y credo calvinista extremado. Practicaban una religión abstracta y pura que, a pesar de las generosas y caritativas actividades misioneras entre los indios de algunos entusiastas y desinteresados pastores de almas (John Eliot, los Mahew, etcétera), no lograron sino magros frutos, pues la evangelización y la catequización, por un lado, carecían del apoyo de un Estado nacional que respaldase la empresa, y, por el otro, la doctrina protestante reformada, puritana, además de su credo abstracto (predestinación y vocación absolutas sólo dependientes de la voluntad de Dios) mostraba un culto exento de todo atractivo estético. Los fundadores de Plymouth pudieron pervivir los primeros años de su llegada desde Inglaterra gracias a la generosidad de los pieles rojas; pero finiquitadas las primeras relaciones pacíficas y la mutua comprensión inicial, el *miles gloriosus* de la colonia y sus ocho soldados astutamente prepararon una cruenta represión contra cuatro indios bravos (Wituwamet, su hermano, el gigantesco guerrero Pecksuot y un compañero). Invitados a comer por el capitán Standisch, los indios entraron desarmados en la habitación del convite donde los ingleses se lanzaron sobre ellos y los mataron. Consumada la matanza salieron afuera y arremetieron contra todo indio que encontraron en su camino. El capitán y sus soldados regresaron triunfantes a Plymouth enarbolando en sendas picas las cabezas de sus enemigos. Los padres fundadores respiraron tranquilos, se acabaron los temores provocados por los supuestos o verdaderos complots y maquinaciones de las tribus. Edward Winslow en sus *Good News from New England* (Londres, 1624) se encargó de justificar la alevosa matanza y la calificó por su cuenta de castigo. El viejo reverendo John Robinson, que se había quedado en Leyden con los peregrinos que no pudieron por el momento trasladarse a América, no pudo menos que desaprobar la violenta acción:

Respecto a la ejecución de esos pobres indios ¡oh cuán feliz hubiese sido si hubierais convertido algunos antes de matar a cualquiera de ellos!

Además, cuando la sangre es una vez derramada se restaña con dificultad. Me decís que merecieron la muerte, os lo concedo; ¿pero no hacéis cuenta de las muchas provocaciones y desmanes que perpetraron contra aquellos gentiles los cristianos? Más aún, tened en cuenta que no ejercéis magistratura sobre los indios y por lo mismo deberíais haber considerado no lo que ellos merecían, sino lo que vosotros estabais constreñidos a infligirles semejante acción, especialmente la de matar a tantos (y a muchos más, según parece, si hubierais podido), y en verdad que estoy espantado, cuando menos en esta ocasión, de que otros se vean arrastrados a proseguir semejante camino de desesperación [...]. Dada la oportunidad, permítanme exhortarlos seriamente a considerar la disposición de vuestro capitán, al que estimo. Estoy persuadido de que el Señor, por su gran merced y para bien de todos os lo ha enviado, si es que lo utilizáis correctamente. Él es un hombre sencillo y manso entre vosotros, y lo es también en todo lo tocante al curso ordinario de la vida [...]. Pero puede estar carente de esa conveniente terneza de la vida del hombre hecho a la imagen de Dios. Hay una cosa que es más gloriosa a los ojos del hombre que agradable a Dios o conveniente para los cristianos: convertirse en el terror de un mísero y bárbaro pueblo.¹⁰

En 1629 se asentó en la bahía de Massachusetts un importante grupo de ingleses puritanos, los llamados *santos*, a cuyo frente venía un hombre austero, previsor y organizador, John Winthrop, hombre rico y profundamente religioso. Instalados los recién llegados en lo que hoy es la ciudad de Boston, establecieron con los pieles rojas el consabido tratado escriturado de paz, amistad y colaboración. Éste obligaba por igual a ambos firmantes; pero el incumplimiento, violación o rompimiento total del mismo por parte de los indios los exponía a inmediata y contundente represalia. Estas paces y contratos permitieron a los *santos* convertirse desde un principio en árbitros de todos los conflictos intertribales, inclinando los ingleses el fiel de la balanza a su favor en las disputas de

¹⁰ G. Willison, *Saints and Strangers*, Nueva York, Time Reading Program Special Edition, 1964, p. 267. Sanders, gobernador de una colonia independiente, Wessagussets, tomó por la fuerza el maíz de los nativos, lo que originó la hostilidad de éstos. Según parece, lo que desató también la violencia de los colonos peregrinos fue que los indios del cacique Wituwamet comerciaban sus pieles más a gusto con los colonos independientes, porque les pagaban más por ellas que los “first comers”.

los caciques conforme a los intereses de los colonos. Por este arbitrio, aliados narragansettos y mohicanos acabaron con los pequodas belicosos y enemigos de los blancos, según las autoridades de la bahía (1637). Alteradas las relaciones entre estas tribus y los niantickos, cuyo temible jefe era el cacique Ninigret, los *santos* ayudaron al astuto cacique de los mohicanos, Uncas, haciendo de éste el portavoz universal de las dispersas tribus de la Nueva Inglaterra.

Otra tribu poderosa, la de los wampanoagas, cuyo cacique Metacon, llamado por los colonos “Rey Felipe” (“Blasphemus Leviathan”), se oponía vigorosamente a satisfacer la inextinguible sed de tierra de los blancos (*telluris sacra fames*), fue el último gran obstáculo a la expansión puritana y, por lo mismo, tenía que ser removido, salvado o, mejor, destruido. La terrible, sangrienta, crudelísima guerra del Rey Felipe (*El luctuoso duodecenio*, de Cotton Mather, 1675-1699) allanó plenamente el camino. Tras la victoria, la coalición de todas las tribus cesó y la amenaza fronteriza de las incursiones indias se convirtió en conseja o en tópico emotivo evocador de los colonos puritanos durante las largas noches invernales de la Nueva Inglaterra.

Confiteor Deo

El autor de la *Magnalia Christi Americana*, el científico, escritor, teólogo y ministro del Señor, reverendo Cotton Mather, al comentar la victoria inglesa, la de los elegidos del Jehová cristianizado, y el calamitoso fin del cacique y los suyos, expresó apasionada y convincentemente:

El glorioso Señor Jesucristo, al que ellos (los wampanoagas, antiguos aliados) habían desairado, estaba con nuestro ejército y el día fue maravillosamente ganado contra los empedernidos. Su ciudad quedó reducida a cenizas; unos veinte capitanes indios fueron muertos, una desolación proporcional extirpó a los salvajes de categoría inferior y una enfermedad mortal, además de una terrible hambre, persiguió de tal modo a los restantes que podemos afirmar: ninguno de ellos quedó vivo sobre la faz de la tierra. ¡Tal fue la rápida venganza, oh Jesús bendito, tomada contra aquellos paganos que no querían conocerte ni invocar tu nombre!¹¹

11 Cotton Mather, *Magnalia Christi Americana or the Ecclesiastical History of New England*, Hartford, Silas Andrus and Sons, 1853, II, p. 390.

Y refiriéndonos también a los comentarios religiosos de William Bradford, gobernador de Plymouth y autor de una crónica sobre la fundación de esta colonia, relativos a la destrucción de la aldea de los pequodas, el llamado “Mistic Fort”, resulta significativo este comentario revelador: “Fue una espantosa visión ver aquellos indios (hombres mujeres y niños) freirse en el fuego y fue asimismo horrible el hedor provocado por la hornaza. Pero la victoria nos pareció un dulce sacrificio y dimos por ello gracias al Señor en reconocimiento de su ayuda”.¹² Como a pesar de todo apareciera en ciertos corazones sensibles el remordimiento, el divino Salomón Stoddard, en carta al gobernador Dudley, procura justificar la destrucción y tranquilizar a la gente, recomendando que no había por qué enternecerse a causa de la represión radical llevada a cabo:

Y habría que preguntarse: ¿por qué tendríamos que estar cariacontecidos y furiosos? ¿No serán más dignos de compasión y de gracia los cristianos? Yo los remitiría mejor al ejemplo que nos proporcionan las guerras del rey David. Cuando un pueblo ha alcanzado semejante arrogancia, ceguera y pecaminosidad contra Dios y contra los hombres, y asimismo contra todos los confederados, entonces Él no siente amor por la gente, sino que experimenta pesar por ella; la mira con tristeza; la hace pasar a cuchillo y la condena a muerte. A veces las Escrituras expresan que las mujeres y los niños deben seguir la suerte de sus padres; en otras, en cambio, resulta distinto el caso. Empero no vamos ahora a discutir sobre tal punto. Tenemos más que suficiente luz recibida mediante la palabra de Dios para abonar nuestros actos.¹³

El ministro del Señor estaba convencido de que los ingleses podían hacer con los indios obstinados lo mismo que se hacía con los osos, es decir aperrearlos, cazarlos con perros.

12 William Bradford, *Of the Plymouth Plantation. The Pilgrims in America*, Nueva York, Capricombooks, 1962, p. 184.

13 “Carta de S. Stoddard al gobernador Dudley”, en *Massachusetts Historical Society Collection*, 1854, serie 4, II.

Si los indios –prosigue el representante espiritual del dulce rabí de Galilea– fuesen como otro cualquier pueblo y si guerreasen correctamente como lo hacen las demás naciones, podría juzgarse inhumano perseguirlos de la manera dicha; mas hay que considerar que son ladrones y asesinos que nos hostilizan sin declarar previamente tal guerra; que no se presentan abiertamente en el campo de batalla incitándonos a la pelea; que realizan crueldades con los que caen en sus manos y que actúan como lobos. En consecuencia, hay que tratarlos también como lobos.¹⁴

Refiriéndose también a la toma a sangre y fuego del “Mistic Fort” de los pequodas, el capitán Mason, puritano, veterano de las campañas de Flandes, escribe que el Todopoderoso infundió tal terror a los indios que éstos por huir de los atacantes caían dentro de la voraz y enorme hoguera y perecían: “Dios se reía con desprecio de sus enemigos y de los enemigos de su pueblo, convirtiéndolos en teas humanas”. Y reconoce este soldado de religión, que fue maravilloso contemplar los trabajos y gestas del Señor. Con lenguaje y alusiones bíblicas demostrativas del intenso comercio intelectual y religioso, y que más parecen pertenecer, por lo mismo, a un clérigo que a un capitán, agradece la providencial intervención del castrense Jehová en aquella victoria contra el satánico enemigo indio.

De esta manera podemos ver cómo el rostro de Dios se enfrenta contra aquellos que nos hacen daño, extirpando todo recuerdo de ellos de la faz de la Tierra. ¡Nuestra lengua hablará de tu rectitud a toda hora porque han sido confundidos y puestos en venganza los que buscaban destruirnos! ¡Bendito sea el Señor Dios de Israel que realiza tan admirables cosas y bendito sea para siempre su sagrado nombre! ¡Que toda la Tierra se colme de su gloria! El Señor tuvo a bien destruir a nuestros enemigos y darnos su tierra por herencia. ¡Quién sino Él se apiadó de nosotros en nuestra mísera situación y nos libró de las manos de nuestros enemigos! Por consiguiente alabemos al Señor por su bondad y por sus obras y prodigios a favor de los hijos del hombre.¹⁵

14 W. Kelleway, *The New England Company 1649-1776*, Glasgow, The University Press, 1961, p. 206.

15 A. Kaiser, *The Indian in American Literature*, Nueva York, Oxford University Press, 1933, p. 14.

La guerra indiana permitía la expansión de los colonos a costa de la tierra conquistada y sin dueño (*vacuum domicilium*) tras la matanza, y venta y esclavización de los sobrevivientes. Y tras cada alianza o pacto firmado por ambas partes, pasaban más y más acres cultivables a los colonos. El pacto era sendero de liberación para los indios, pues casi siempre se estipulaba la posibilidad de conversión; es decir, liberábalos de Satanás, pero no de la ambición de los puritanos. Si se llegaba incluso a la conversión (“praying indians”) la situación se agravaba pues la exigencia de reducción a pueblos fijos, asentados, significaba la pérdida de las tierras incultas que pasaban a ser del dominio público; es decir, de los agentes de la Corona representados en la Corte General.

Otro reverendo, John Cotton, juraba y perjuraba contra Roger Williams, el espíritu más liberal de la Nueva Inglaterra, que él estaba persuadido de que los colonos debían ocupar por ley natural un territorio que a sus ojos aparecía como vacío (“*vacuum domicilium credit occupanti*”) ya mediante contrato de compra o por expreso consentimiento de los indios, como sostiene en su *Sangrienta doctrina lavada y blanqueada con la sangre del Cordero* (1647); pero de hecho fueron las guerras las que obligaron a sus dueños al triste desahucio de tan vastos territorios.¹⁶ Constante histórica que pasará como herencia a los norteamericanos y tipificará asimismo las luchas de éstos contra los pieles rojas: “Tierra, tierra” había sido el ídolo de los colonos durante toda la época colonial,¹⁷ y este mismo ídolo fue adorado y ambicionado desde el punto y hora en que los colonos lograron la independencia separándose de Inglaterra.

Crueldad anglosajona: condena y exclusión del indio

Lo que sí representa ya una censurabilísima actitud es la destructividad excesiva de las intervenciones guerreras que proporcionaban unos niveles innecesarios de crueldad; herencia histórica británica que desde la Edad Media (1170, actitud imperial del rey de Inglaterra, Enrique II, conquista de Irlanda y definición de los irlandeses como salvajes a los que había que civilizar o

16 En A. T. Vaughan, *New England Frontier. Puritans and Indians, 1620-1675*, Boston, Little Brown and Company, 1965, p. 119.

17 P. Miller, *The New England Mind. From Colony to Providence*, 2a. ed., Cambridge, Harvard University Press, 1966, p. 87.

exterminar) había declarado a los *irishs* social y antropológicamente como seres inferiores, hasta el punto de que los clérigos ingleses predicaron (1317) que matar a un irlandés era un pecado equivalente y no mayor al cometido por matar un perro. Entrenados, pues, los ingleses en la teoría de que el mejor irlandés era el irlandés muerto (1170-1600),¹⁸ sólo tuvieron que cambiar de sujeto para considerar su condena justificatoria de la destrucción (bestialidad, holgazanería, anarquía social, superstición, hurtos e incluso canibalismo) que el mejor indio era el indio muerto.¹⁹ Como se ha dicho, “el reinado de Isabel fue uno de los más bárbaros y crueles de la historia de Inglaterra y fue antecedido y seguido por otros (el de la reina María, el de Jacobo I y el de Cromwell) de crueldad semejante”. Los británicos fueron así disciplinados en los métodos crueles de sus antiguos señores y habían llegado a ser tan feroces como los Tudores y Estuardos.²⁰

Para Toynbee, “los hábitos de terrorismo adquiridos por los ingleses en su prolongada agresión contra los remanentes de la franja céltica en las tierras altas de Escocia y en los pantanos de Irlanda cruzaron el Atlántico y se practicaron a expensas de los indios norteamericanos”.²¹

Las denuncias de Roger Williams y sus clamores angustiosos en abono de la concordia y, pues, de la comprensión entre rojos y blancos fueron voces, junto con otras, clamando en vano en el desierto. En lo económico, político, cultural, religioso, ético y estético, los indios no tenían nada que ofrecer a los puritanos en tanto que protervos frutos de Satanás. De esta suerte ni siquiera la vía amorosa pudo ser aceptada y el mestizaje no llegó a realizarse debido a la repugnancia racial que es fundamentalmente racismo teológico, herencia puritana calvinista.

18 John Gillighan, “Imágenes de Irlanda 1170-1600. Los orígenes del imperialismo inglés”, *History Today*, Londres, v. 37, febrero 1987. De acuerdo con el testimonio del teniente Charles Nordstrom, fue el general norteamericano Phil Sheridan (1879) quien expresó que “el mejor indio visto por él era el indio muerto”, secuela, como puede verse, de la condena inglesa sobre los “salvajes irlandeses”.

19 *Idem*.

20 St. Georges Kieran Hyland, *A Century of Persecution under the Tudor and Stuart Sovereign from Contemporary Record*, Nueva York, Kegan Paul & Company, 1920, p. 9.

21 A. J. Toynbee, *Estudio de la historia*, Madrid, Alianza, 1971. Francis Jennings, *The Invasions of America. Indians, Colonialism and the Cant of Conquest*, Nueva York, The Norton Librairie/W. W. Morton & Co., 1975, p. 3-8.

En el sistema imperial anglosajón en América el indio, insistamos en esto, no fue incluido y, por lo mismo, no participó del estatus legal del sistema en tanto que súbdito de la Corona. Comenta Wilbur R. Jacobs que los indios tenían que ser conquistados, convertidos y civilizados para poder ocupar un lugar en el esquema imperial de España, pero en la política colonial británica el piel roja no tuvo ningún lugar específico, en cierto sentido no existió como persona.²² No tuvo a su favor un *corpus* jurídico que lo amparase y favoreciera frente a las ambiciones y egoísmos del blanco, como ocurrió en el sistema español de explotación del indígena (*Leyes de Indias*); tampoco experimentaron las agonías espirituales o las crisis de conciencia (excepción de algunos como Roger Williams, John Eliot y la docena, más o menos, de beneméritos evangelizadores puritanos) que los mejores españoles de entonces padecieron ante los horrores de la conquista militar.²³

La herencia norteamericana

Las guerras destructoras contra los indios constituyeron la tónica general en las colonias inglesas, seguidas de breves periodos de precaria paz que se quebrantaban inexorablemente ante la constante y siempre incrementada sed de tierras. Sedientos de sangre asimismo los norteamericanos a causa de su doble herencia histórica y religiosa rechazaron a los pieles rojas y explicaron los escasos frutos de su actividad y mutuas interacciones escudándose en el nivel social de las tribus indígenas norteamericanas con las que entraron en contacto, cuyo salvajismo hizo imposible su adoctrinación y salvación civilizadoras; empero esta explicación de los historiadores norteamericanos antiguos y modernos no tiene en cuenta que con indios de un nivel semejante las órdenes religiosas españolas y los jesuitas lograron sorprendentes éxitos de incorporación cristiano-social de las tribus en Canadá, en el noroeste de la Nueva España, en California, Paraguay, Carolina del Sur (Misiones Guale), etcétera. Es mucho más comprensivo el historiador inglés ya citado, Arnold Toynbee, cuando fija su atención en “la diferencia moral entre los colonizadores

22 W. R. Jacobs, *El expolio del indio norteamericano*, Madrid, Alianza Editorial, 1973, p. 197.

23 W. Brandon, *The American Heritage Book of Indians*, Nueva York, Dell Publishing Laurel Editions, 1966, p. 161.

católicos y los protestantes”.²⁴ Para el notable historiador la diferencia ética es más importante que las diferencias sociales entre los pieles rojas y los indios mesoamericanos y sudamericanos de las altas culturas prehispánicas.

La herencia exclusivista inglesa, que tiene por fundamento, como hemos señalado, la concepción pesimista y teológica del hombre y del mundo, de acuerdo con Calvino, se muestra por lo tanto fría y descarnadamente utilitaria frente al indio. Jefferson aconsejaba en un principio una política indiana cuyo objetivo beneficiase a la par, según él, al indio y al blanco así como

animar a los indios a abandonar la caza, a dedicarse a la cría de ganado, a la agricultura y a las manufacturas domésticas para que de este modo comprueben por ellos mismos que la tierra y el trabajo los pueden mantener; y poner más a su alcance lo que les ayude a realizar la transición. Desenvolver en ellos la sabiduría de la contratación, en virtud de la cual nosotros podremos obtener tierras y por cuyo arbitrio podremos también ahorrar y ellos adquirir.²⁵

El negocio fisiocrático y plutocrático de Jefferson estaba bien planeado; el intento era la transformación de los pieles rojas en agricultores intensivos y sedentarios, lo cual liberaría una cantidad fabulosa de cientos de miles de acres de tierra virgen y semivirgen. Los especuladores de tierras (comenzando por él mismo, pues su padre y su tutor Thomas Walker lo fueron en extremo) y las grandes compañías deslindadoras estaban de plácemes. Debemos puntualizar que las grandes fortunas de los Jefferson, Washington, Crogham, Franklin, Wharton, etcétera, se amasaron en el lucrativo e inmoral negocio de comprar a los indios sus tierras tan baratas como les fue posible, o impulsándolos las más de las veces a malbaratarlas, u obligándolos a abandonarlas mediante la constante presión de los desalmados hombres fronterizos, tan falsamente idealizados y heroizados por la historia, la literatura y la cinematografía estadounidenses.

Como el proyecto de Jefferson era sin duda utópico, el 3 de mayo de 1790, siendo secretario de Estado, declaró que sólo había dos medios para adquirir

24 A. J. Toynbee, *Estudio...*, p. 245, nota 2.

25 Citado en A. McNikle, *They Come Here First. The Epic at the American Indians*, Filadelfia/Nueva York, J. B. Lippincot, 1949, p. 210.

tierras: primeramente acudiendo al arbitrio de la guerra, porque ésta podría dar incluso un título justo; en segundo lugar, mediante tratados o contratos con los indios.²⁶ La tradición anglocolonial heredada se muestra también fríamente utilitaria en George Washington:

La extensión gradual de nuestros asentamientos forzará ciertamente al salvaje a retirarse como el lobo, ambos son bestias de presa aunque difieran en su conformación. Nada podría obtenerse de una guerra contra los indios, como no fuera el suelo en que viven, y éste puede ser conseguido mediante compras con menores gastos y sin derramamientos de sangre, y sin las fatigas que han de compartir mujeres y niños desvalidos en todas nuestras disputas con los pieles rojas.²⁷

Durante el largo y reiterado mandato presidencial de Washington, una circular del Congreso proclamó que los indios estaban privados por naturaleza de la dignidad moral que distingue al hombre de la bestia y que, por lo mismo, debían ser aniquilados, según anota Heleo H. Jackson. Efectivamente, cientos de iroqueses, cheroquíes y mohicanos fueron exterminados entre 1775 y 1798. Jefferson inauguró también su política federal demandando la expulsión de los nativos; de ese “rebaño humano” al que los norteamericanos “empujarían una y otra vez más allá del Mississippi”.²⁸ Conforme se fueran creando nuevas filas de estados “los blancos avanzarán ‘cerradamente’ a medida que nos multipliquemos”.²⁹ Es decir, los padres de la patria, apoyados en Calvino, Locke y el Creador, armaron razones para desahuciar a los pieles rojas y justificar el despojo de sus tierras.

Como hemos apuntado, las guerras destructoras contra los indios constituyeron la constante general a causa de una inextinguible sed de tierras. Y todo esto fundado en que el legítimo propietario no obtenía de ellas el debido rendimiento; de aquí su condena como un ser ajeno y opuesto a la civilización cristiano-protestante anglosajona y, por ende, susceptible de ser destruido. El hombre británico y su heredero norteamericano, ambos protestantes,

²⁶ *Ibidem*, p. 209.

²⁷ W. R. Jacobs, *El expolio del indio...*, p. 138.

²⁸ *Idem*.

²⁹ *Ibidem*, p. 203.

proyectaron en términos de barbarie e incompatibilidad lo que inconscientemente no era sino un deseo egoísta e irrefrenable de despojar al otro y justificar moralmente el despojo. Tanto los colonos ingleses como el gobierno de los Estados Unidos violaron sistemáticamente los tratados y acuerdos con los indios, con objeto de adquirir tierras. Los colonos “se hallaban dispuestos a luchar por tierra, a pagar algo por la tierra o a engañar por la tierra” y, por consiguiente, no iban a ser los indígenas los que impedirían alcanzar el ambicioso objetivo propuesto.³⁰ Como manifiestan unánimemente varios historiadores norteamericanos:

Muchos blancos no quisieron jugar limpio. Si podían engañar a los indios y desposeerlos de sus tierras mediante asomos de legalidad, santo y bueno; si no, las tierras les eran arrebatadas de todos modos. Sus poseedores eran salvajes y paganos, hijos de Satanás, utilizadores mezquinos de los ricos recursos del Nuevo Mundo, de aquí la injusticia de refrenar a los que sí podían explotar tales riquezas al máximo. Semejantes argumentos y actitudes explican por qué tenemos un registro histórico tan desgraciado en el manejo de lo que fue “nuestro primer problema minoritario”. Año tras año siempre fue la misma historia: compra de tierras a los indios, fricciones, guerra, traslado entonces de las tribus al oeste o a una reserva local. El sistema se mantuvo durante dos siglos y medio, desde el día de la primera colonización hasta después de la guerra civil.³¹

La historia de las relaciones de los indios con el gobierno norteamericano está ensombrecida por innumerables traiciones; se apoya en numerosos tratados siempre violados y en múltiples acuerdos y contratos nunca cumplidos. Para justificar los despojos se recurrió siempre al inexhausto filón bíblico en búsqueda de antecedentes. El Antiguo Testamento proporcionó a los estadounidenses. Al igual que a sus antecesores, los ejemplos inspirantes para la paz o para la guerra; para la justicia o para la injusticia; para el bien o para el mal. Los nuevos elegidos de Dios, los herederos del remanente de Jacob (Miqueas 5, 8-9) recurrían al modelo tipológico bíblico para asegurarse histórica y religiosamente de la rectitud de su dominio y destrucción sobre sus enemigos

30 *Ibidem*, p. 162-163.

31 M. E. Curti *et al.*, *An American History*, Nueva York, Harper & Brothers, 1950, p. 9.

los indios. Así, pues, siempre que fue preciso se apeló a Jehová para disculpar tipológicamente lo indisculpable. Los colonos norteamericanos, al igual que sus antepasados los puritanos ingleses y novoiñgleses, cumplían simplemente los designios del Creador. “Jacob obtendrá siempre la herencia de Esaú. No podemos alterar los designios de la Providencia cuando los vemos impresos en la experiencia de los siglos.”³² Tal era el argumento que enarbolaba Mr. Wilde, representante de Georgia en el Congreso, para cohonestar el despojo de tierras a costa de los indios. Para el puritano Winthrop se trataba de ejercer el derecho de ocupación de la tierra por parte de los electos del Señor; para Benton, senador de Georgia, el derecho pertenecía sin disputa a una “raza superior” supermánica, ante la cual tendrían que ceder tarde o temprano (como el engañado y repudiado Esaú) las razas inferiores; las no evolucionadas y rechazadas, es decir negativamente predestinadas y, pues, condenadas pese a sus primigenios derechos americanos, a saber, los pieles rojas.³³ De esta forma se hacía a Dios cómplice de todos los crímenes y marrullerías perpetrados contra los indios. Las guerras y plagas, el ron adulterado, la prostitución de las jóvenes indias y las epidemias provocadas se convirtieron en instrumentos límite del supuesto plan devastador urdido por la Providencia Divina. Y cuando Dios parecía a veces retardarse en desatar su ira contra aquellos diabólicos seres, los propios norteamericanos, como antes los ingleses, se prestaban a ser los eficaces voluntarios y promotores de diezmadoras epidemias y pestes. Se recurrió a lo que hoy llamamos guerra bacteriológica; pero no se crea que dicha guerra fue inventada por los norteamericanos, puesto que ellos simplemente heredaron una práctica corriente de la época colonial inglesa, al igual que la de escalar a los enemigos. El general Jeffrey Amherst, jefe supremo de las fuerzas británicas, escribió a su subordinado, el coronel Henry Bouquet, ordenándole que viese la manera de contaminar a los indios con la viruela. La respuesta del coronel se encuentra en una carta suya enviada al general Amherst (13 de julio de 1763), en donde le expresa: “Trata[ré] de inocularles la [...] con algunas cobijas infectadas que caigan en [mis] manos, y tendré cuidado de no contraer yo mismo la enfermedad”.³⁴ Un procedimien-

32 Juan A. Ortega y Medina, *Destino manifiesto*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972 (SepSetentas, 49), p. 124, nota 62.

33 *Idem*.

34 W. R. Jacobs, *El expolio del indio...*, p. 232, nota 38.

to semejante siguió el capitán Simeon Ecuyer, jefe del fuerte Pitt, durante el asedio de Pontiac en 1767, cuando entregó a ciertos indios algunas cobijas recogidas del hospital de variólicos.³⁵

La indignada y apesadumbrada escritora estadounidense Helen Hunt Jackson, apoyada en una rigurosa investigación documental, nos relata en su famoso libro, *A Century of Dishonor*, publicado en 1881, las más horripilantes actividades destructoras de los blancos norteamericanos contra los indios. Ella despliega ante el lector la más monstruosa, proditoria y prodigiosa empresa colonial de todos los tiempos: la colosal masacre o, mejor digámoslo en español, carnicería o genocidio de pieles rojas. La Secretaría de Guerra de Estados Unidos, prosigue la investigadora, había prohibido la publicación pormenorizada de tales hechos y de la misma manera se había opuesto a la publicación de la vida de Gerónimo, jefe de los apaches.

Se trata, de acuerdo con la animosa denunciante, de un documento revelador en el que se muestra cómo los oficiales americanos añadían metódicamente estricnina al aguardiente para hacer desaparecer más rápidamente las aldeas indígenas. Los apaches, que eran unos 100 000 a comienzos del siglo XIX, se habían reducido hacia 1880 a unos 20 000 y para 1987 sólo quedaban unos centenares.

Una de las masacres que nos recuerda Helen Hunt Jackson, en su tiempo, y en el nuestro el escritor Dee Brown, fue la realizada proditoriamente por el tristemente famoso y psicopático coronel y ministro del Señor, el reverendo John M. Chivington, de los fusileros de Colorado, contra los indios, fundamentalmente contra sus mujeres y niños. Uno no sabe si reventar de indignación o morir de asco. Como siempre, lo que estaba en disputa era la demanda de tierras por parte de los colonos, los cuales las consiguieron por fin mediante el desleal plan guerrero ideado por Evans, gobernador de Denver, y su brazo ejecutor, el desalmado Chivington, el cual, según sus propias palabras, había exclusivamente “venido a matar indios y consideraba justo y honorable usar todos los medios a su alcance para lograrlo”.³⁶ Podemos afirmar que los relatos de Hunt Jackson y Dee Brown representan un testimonio do-

35 *Idem.*

36 D. Brown, *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*, traducción de C. Sánchez Rodríguez, Barcelona, Bruguera, 1973, p. 107.

liente norteamericano y una desgarradora trasversión o visión de los vencidos pieles rojas aniquilados.

Hemos de insistir en que los estadounidenses del siglo XIX actuaron de acuerdo con su herencia y premisas históricas y concordando también con los agresivos estereotipos forjados a lo largo de tres siglos. En la mayoría de los norteamericanos, y esto toca muy cerca a nuestro tiempo, la maldad y la crueldad que él veía en los hombres cobrizos simplemente reflejaban las que él mismo poseía, las que surgían, para glosar al poeta,³⁷ de los espejos del bosque americano. El odio fratricida frente a las tres veces centenaria imagen del otro corresponde en realidad al deseo inconsciente, inadmisibles para la conciencia, que consiste en ver en los otros (los indios pieles rojas en este caso) lo que negaran los norteamericanos en ellos mismos.

Y preguntémosnos ahora ¿qué fue lo que impidió a los representantes del Congreso de Estados Unidos aceptar no ya a tribus semierrantes de recolectores, cazadores y eventuales agricultores, sino a pueblos ya cristianos, civilizados, que habían hecho suyo el *American way of life*? ¿Qué fue lo que impidió a los congresistas y senadores estadounidenses aceptar, defender y hacer suyos los legítimos y muy *americanos* intereses de creeks, cheroqués, seminolas, chickasaws, chocktows y otros? ¿Qué fue lo que inclinó al presidente Andrew Jackson a permitir las infames especulaciones de tierras contra los justos derechos de los indios y rechazar la decisión aprobada por la Suprema Corte cuyo presidente era el integérrimo John Marshall? ¿Por qué cedió el presidente a las presiones de la chusma fronteriza y codiciosa, ávida de tierras ajenas, y se mostró criminalmente injusto para los indios, sus legítimos poseedores? Sin duda algo tan decisivo y sustancial como la distinción señalada por Toynbee: divergencia originalmente teológica y religiosa que en el transcurso de los siglos produjo los más egoístas, secularizados y protervos frutos. Pero no sólo el presidente Jackson pensaba así, porque también el gobernador del estado de Georgia, George M. Troup, asumía la representación de la Providencia Divina y determinaba que aunque las cinco tribus civilizadas labraban la tierra y eran en efecto buenos cultivadores, no debían empero ser los agricultores rojos cristianizados los dueños de los campos de labor, sino los colonos blancos cristianos.³⁸ Como puede verse, los Esaús

37 La poetisa Josephine Miles, *The Savages*, 1930-1960.

38 A. R. Weinberg, *Manifest Destiny*, Boston, The Johns Hopkins Press, 1935, p. 87.

pieles rojas debían ceder sus posesiones territoriales a los Jacobos blancos elegidos.

El 29 de diciembre de 1835, los indios civilizados, amenazados de expulsión, presentaron al Congreso su *Memorial de Súplicas*:

En verdad –se lee en el patético documento– nuestra causa es la misma causa vuestra. Es la causa de la libertad y de la justicia. Se basa en vuestros propios principios los cuales hemos aprendido de vosotros mismos; porque nosotros nos gloriamos con considerar a vuestro Washington y a vuestro Jefferson como nuestros grandes maestros [...]. Hemos practicado sus preceptos con éxito y el resultado es evidente. La tosquedad del bosque ha cedido y dado lugar a viviendas confortables y campos cultivados [...]. La cultura intelectual, los hábitos industriosos y los gozos de la vida doméstica han reemplazado la rudeza del estado salvaje. Hemos aprendido también vuestra religión y hemos leído vuestros libros sagrados. Cientos de nuestras gentes han abrazado sus doctrinas, practicado las virtudes que ellas enseñan y fomentado las esperanzas que éstas despiertan [...]. Nosotros hablamos a los representantes de una nación cristiana; a los amigos de la justicia, a los protectores de los oprimidos. Y nuestras esperanzas reviven y nuestras perspectivas se abrillantan cuando nos damos a meditar. De vuestra sentencia está suspendido nuestro destino [...]. En vuestra benevolencia, en vuestra humanidad, en vuestra compasión y en vuestra buena voluntad están depositadas nuestras esperanzas [...].³⁹

Y bien, ¿por qué no hubo buena voluntad ni compasión ni benevolencia para aquellos desgraciados pieles rojas cristiana y protestantemente civilizados? ¿Sólo la ambición y crueldad del blanco fueron la causa de aquel etnocidio, supuesto que arrebatarles sus tierras era condenarlos a muerte? Los aventureros y el populacho georgiano esperaban la resolución presidencial y presionaban de mil modos para que los indios fuesen expulsados de sus campos cultivados, botín de especuladores, y como el democrático Jackson interpretaba demagógicamente la democracia como irrestricta voluntad del pueblo... blanco, accedió a los intereses de “los hombres más ambiciosos y

39 Brandon, *The American Heritage Book...*, p. 374.

sedientos de tierra y sin ley que uno pueda imaginarse y como jamás se hayan visto”,⁴⁰ y los indios se vieron forzados a abandonar sus pueblos, granjas y sembradíos y, por consiguiente, a cruzar el Mississippi. Como para el presidente Jackson, “Cuchillo Acerado” en su época de combatiente de indios, los pieles rojas no eran sino “animales perniciosos”, según lo atestigua la escritora Helen Hunt Jackson, la dramática petición de ayuda de las ya civilizadas cinco tribus fue rechazada, y no tuvieron otra opción sino emprender su dramática marcha hacia el oeste a lo largo del penoso “sendero de lágrimas”.⁴¹

Como escribe el historiador William Brandon refiriéndose a la tragedia de las tribus expulsadas, ni incluso los norteamericanos más idealistas “pudieron percibir el otro lado de la tragedia; es, a saber, la costosa pérdida para los estados de Georgia, Alabama y Mississippi de tales ciudadanos superiormente potenciales”.⁴²

El indígena, el subhombre, fue atrapado entre las despiadadas pinzas teológicas de la corrupción natural primigenia (el pecado como ser y esencia del hombre) y la predestinación negativa. La justicia predestinatoria siempre se mostró desfavorable para los nativos, no así para los ingleses, que en su mayoría se sintieron electos del Señor y herederos de sus bienes. Para el historiador norteamericano, ya citado, Wilbur R. Jacobs:

Es evidente que nuestra historia [por supuesto la norteamericana] no resulta fecunda. Debería apoyarse más en los indios (y también en otras minorías) y en su estilo de vida. La América moderna, tumultuoso producto de un largo desarrollo histórico, se halla cada día más mecanizada, contaminada y despersonalizada y tiene una peligrosa tendencia hacia el encuadramiento de colmena. ¿No puede acaso una sociedad semejante beneficiarse de una mejor comprensión de la reverencia histórica del indio hacia la tierra y de su estilo humano de vida? ¿No es acaso muy claro que necesitamos desesperadamente a los indios nativos y a su cultura...? La tragedia que mana de nuestro mito del conquistador de la frontera es quizá la aceptación general de la idea según la cual nuestra civilización de pioneros, con su gran herencia judeocristiana,

40 Ortega y Medina, *Destino manifiesto*, p. 121.

41 M. E. Curti, *An American History*, p. 1-12.

42 Brandon, *The American Heritage Book...*, p. 314.

conquistó tierras silvestres pobladas por los indios salvajes y paganos. Nuestros pioneros cristianos, que adoraban lo sobrenatural en una trinidad, mientras que los indios reverenciaban las rocas, las plantas y las bestias, llegaron a considerar a sus conquistados rivales como si no fueran personas. Sin embargo, al deshumanizar al indio inevitablemente se deshumanizaron ellos mismos, en tanto que acuchillaban, despoblaban, labraban y minaban una tierra virgen que antaño fue de un pueblo autóctono.⁴³

Conclusión⁴⁴

El inglés colonialista así como el americano republicano no se preocuparon por entender al indio; nunca intentaron partir de los supuestos y realidades en sí del mundo indígena, sino que lo vieron e interpretaron teniendo en cuenta exclusivamente el marco estructural, tradicional y psicológico montado por ellos mismos, hombres protestantes y blancos, para enmarcar el cuadro histórico de las relaciones tricenturiales, casi siempre inamistosas entre la raza blanca y la roja. El tríptico en este caso de la *civilizada y sombreada* idea de salvajismo o pantalla histórico-conceptual e incluso literario-artística, mediante la cual se proyectará la dislocada y falsa historia indiana, no contada por los indios sino por sus antagonistas, recrea así una idea del salvajismo que corresponde a un ente incivilizado agreste, rudo y cruel cuyo *símbolo* es el indio piel roja y las imágenes, las reflejadas en la literatura histórica y social que corresponde fundamentalmente al siglo XIX norteamericano. Los estadounidenses de esa centuria actuaron de acuerdo con los agresivos estereotipos forjados a lo largo de tres siglos. El norteamericano, que luchó como Jacob con Jehová, dramática e indesmayadamente trabando al indio sobre la movediza raya fronteriza, es natural que adquiriera mediante este apretado y pugnaz abrazo bélico ciertos rasgos típicos y modos de ser de su oponente piel roja, su enemigo tradicional, de acuerdo con los puntos de vista del psicoanalista C. G. Jung y del filósofo Keyserling.

43 Jacobs, *El expolio del indio...*, p. 311.

44 Reconozco en mi "Conclusión" la deuda intelectual contraída con el hermoso libro del historiador Roy H. Pearce, *The Savages of America. A Study of Indians and the Idea of Civilization*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1953.

Se recreó, por lo tanto, una imagen que es vista y analizada desde la orilla blanca y civilizada, preconcebida y excluyente, y no desde la margen propia del indígena o supuesto salvaje. La idea de salvajismo se construye de esta suerte no diciendo lo que era en sí mismo el indio, sino expresando lo que no era; no viendo al salvaje en su ser, sino definiéndolo desde el ser blanco y puritano. El hecho dramático es que la civilización anglosajona al subyugar a los naturales americanos no sólo los eliminó físicamente, sino que también liquidó paradójicamente al propio ente creado por ella, al otro, a la salvaje creatura. De este modo, los brazos ejecutores del Dios puritano, la naturaleza y la idea de progreso, contribuirán a la extinción de los indios y, por consiguiente, al victorioso éxito predestinatorio de la civilización cristiana protestante en el Nuevo Mundo; expresado todo esto en términos teológicos puritanos como *Destino Manifiesto*.

La extrañeza e incomprensión frente al indio se presenta en un triple movimiento evolutivo: estudiar al indio será estudiar el pasado; civilizarlo será triunfar sobre dicho pasado y extirpar al indio de la faz de la tierra será matar aquel demoniaco pasado. Por lo mismo, la idea de salvajismo y la subsecuente destrucción desde los primeros contactos son, según estimamos, antes bien efecto de la teología individualista de salvación que resultado de un simple proceso de inadaptación. El novoiñglés, así como el norteamericano (estadounidense), al observar los estragos que sus contactos con los indios provocaban en éstos, experimentaron en un principio compasión; pero de inmediato los censuraron y rechazaron por su lento o nulo avance en el camino del progreso espiritual y material, con lo cual se desentendían realmente del problema y hacían a Dios responsable único de la condena indiana. Desde el punto de vista de la predestinación los indios nunca fueron electos de Dios, ni siquiera los ya cristianizados que alguna vez parecieron, sólo parecieron, estar a punto de santificante elección.

La condena teológica del indio no permitió la fusión interétnica, ni la adaptación, ni la posibilidad de cambio. Salvo escasísimas excepciones no se establecieron influencias recíprocas entre ambas razas, ni se dio, repitamos, ninguna posibilidad de mestización biológica o cultural.

Hoy muchos historiadores norteamericanos han revisado la historia de Estados Unidos y han llevado a cabo la revalorización del pasado indígena y han aludido al malhadado fin de la civilización aborígen de Norteamérica. Toda una valiosa serie de críticos se ha referido a que los poderosos Estados

Unidos, poseedores de tantos bienes, no son dueños del principal, de raíces telúricas e históricas firmemente válidas; verbigracia, auténticamente sustentantes, como hemos expuesto en nuestro “Monroísmo arqueológico”.⁴⁵ Acaso por ello el propio presidente de la Unión Americana, John F. Kennedy, se refirió a este sensible vacío histórico cuando expresó: “América tiene mucho que aprender de la herencia de nuestros indios americanos. Sólo por medio de este estudio podemos hacer como nación lo que debe ser hecho si nuestro trato con el indio no ha de quedar marcado como una desgracia nacional”.⁴⁶

A manera de colofón reproducimos las palabras de W. A. Clebsch, notable historiador norteamericano contemporáneo, quien ha expresado sobre este trágico tema lo siguiente: “La condición dolorosa del indio ilustra el fracaso de la religión y de la sociedad [norte]americana en el intento de llevar a cabo plenamente la mutua participación de los miembros de las diferentes razas en los comunes empeños humanos”.⁴⁷

45 Juan A. Ortega y Medina, “Monroísmo arqueológico”, *Cuadernos Americanos*, México, n. 5 y 6, 1963.

46 Brandon, *The American Heritage Book...*, “Introducción”.

47 W. A. Clebsch, *From Sacred to Profane America*, Nueva York, Harper & Row, 1968, p. 102.